

Realidad social contra ambiciones voluntaristas

Demetrio Boersner

Durante los meses de agosto y septiembre de 2003, el escenario internacional estuvo marcado por una creciente evidencia del contraste entre la evolución sociohistórica real y los voluntarismos violentos. A nivel mundial, parece estar en marcha una progresiva cohesión y coincidencia entre las corrientes moderadas y racionales, en contra del terrorismo integrista por un lado, y del unilateralismo represivo por el otro. Igualmente en el plano del acontecer hemisférico y regional americano, se vislumbra un probable retroceso de los factores de violencia y de opresión frente a las fuerzas del progreso democrático gradual.

A partir de Irak: ¿Imperio o Cooperación?

Desde aquel trágico 11 de septiembre de 2001, en que el terrorismo islamista atacó con saña el corazón mismo de la primera potencia del mundo actual, hemos presenciado los esfuerzos de dicha potencia por trazar una futura estrategia de largo plazo. Gobernada por su partido conservador –los republicanos partidarios de la empresa privada e influidos por el poder empresarial corporativo–, la potencia sopesó las ventajas comparativas de una acción unilateral con visos de hegemonismo, y de una política multilateralista en busca de solidaridad con otras naciones. Por la idiosincrasia de sus gobernantes, y por el carácter codicioso y prepotente de sus soportes sociológicos, la potencia de hecho se decidió a favor de la primera de las dos vías.

Luego de haber conducido la guerra en Irak sin la debida autorización de la ONU y contrariando la opinión de una gran parte de la comunidad internacional, Estados Unidos junto con sus aliados británicos y otros inició en forma igualmente unilateral la ocupación, gestión, reconstrucción y reorganización del país mesopotámico. Muy pronto, la situación se le tornó difícil. En primer término, no aparecieron en ninguna parte las “armas de destrucción masiva” que habían constituido el argumento fundamental para desencadenar la guerra contra el régimen de Bagdad, y pronto cundieron sospechas y crecientes evidencias, tanto en Washington como en Londres y en círculos expertos internacionales, de que la versión de la existencia de las mencionadas armas fue producto de inventos o, en todo caso, de exageraciones. En segundo lugar, Estados Unidos y sus aliados demostraron en Irak su falta de preparación para gobernar adecuadamente al país. Fallaron los servicios públicos, cundió un creciente caos administrativo, y se hizo evidente además el descarado afán de intereses privados, sobre todo norteamericanos y vinculados a altos

personeros del gobierno Bush, de posesionarse del "botín de guerra", es decir, de los contratos para la reconstrucción física de Irak. La recuperación del flujo de petróleo iraquí tardará mucho más de lo previsto, tanto por razones de incapacidad técnica como de sabotaje de oleoductos y plantas.

La tercera y más importante calamidad que afecta a Estados Unidos en su aventura imperial, es el surgimiento de una resistencia nacional iraquí, política y guerrillera, que diariamente cobra víctimas militares o civiles y que demuestra un hecho muy normal y previsible: a ningún pueblo le gusta ser "liberado" desde afuera y por arriba, por una potencia extranjera cuya motivación carece de credibilidad y cuyo comportamiento lesiona naturales sentimientos de identidad y dignidad nacionales. Es altamente probable que muy pocos de los resistentes armados sientan nostalgia por la tiranía de Sadam Husein, y que aún menos sean representantes de un extremismo integrista, sino que la mayoría de ellos estén animados, sencillamente, por un nacionalismo defensivo y un radical escepticismo con respecto a las buenas intenciones de las fuerzas ocupantes. Algunos de los patriotas iraquíes —en particular la importante comunidad confesional chiíta— expresan su descontento en forma más moderada, pero no cabe duda de que, si Estados Unidos no los escucha, podrían recurrir a actos de resistencia nacional violenta.

En todo caso, la potencia ocupante tiene que acostumbrarse a la idea de que, si mantiene su actual política esencialmente represiva y autoritaria: (1) continuarán muriendo soldados norteamericanos y británicos por efecto de actos guerrilleros iraquíes (ya el número de caídos después del fin oficial de la guerra es mayor que el de sus muertos en el transcurso de la misma), y (2) el costo financiero de la ocupación será exorbitante y ruinoso para el fisco estadounidense.

El desconcierto y los temores del presidente Bush y de su equipo se ven aumentados por el hecho de que, paralelamente a Irak, también Afganistán está volviendo a una resistencia violenta. Unidades guerrilleras que se sospecha sean talibanas (aunque bien podrían contar también con combatientes de otras tendencias) atacan a las fuerzas norteamericanas y son perseguidas por estas. Y también en el tercero de los puntos de conflicto de Medio Oriente y Asia musulmana —el foco israelí-palestino—, la estrategia de Estados Unidos está fallando, a raíz del probable fracaso de la "Hoja de Ruta" elaborada por la ONU y las potencias interesadas.

Triunfante hace dos meses, hoy el presidente Bush se encuentra a la defensiva ante las mayoritarias críticas que recibe de su propio pueblo y de la comunidad internacional por el fracaso de la política unilateralista y arrogante que aplicó en su guerra contra el terrorismo islamista y contra el nacionalismo árabe radical. Ante las censuras crecientes de que es objeto, el mandatario norteamericano se ha tornado ¡ahora sí! hacia las Naciones Unidas en solicitud de asistencia multilateral. Pero los países que desde el principio objetaron la aventura unilateralista —Alemania, Francia, Rusia y China— se niegan a conceder al señor Bush la ayuda que solicita, a menos que renuncie a su pretensión de que, aún en caso de multilateralización, Estados Unidos mantenga una posición de liderazgo y de privilegio desproporcionados. Es probable que en las semanas que vienen, presenciaremos una dura negociación entre potencias y factores de poder, en la que el gobernante norteamericano se verá forzado a retroceder hacia posiciones más modestas, admitiendo implícitamente que pecó de una arrogancia imperial imposible de sostener. Sin duda, ello disminuirá la probabilidad de su reelección en noviembre (a menos que el Partido Demócrata sea incapaz de escoger un contra-candidato aceptable para las mayorías moderadas).

Latinoamérica: impulsos de Centro-izquierda

En el transcurso de los dos meses pasados se ha observado la cristalización de un grupo de gobernantes y de fuerzas políticas de tendencia centro-izquierdista, que podrían dar un nuevo impulso a la causa "democrática, popular y nacional-revolucionaria" que tuvo sus primeros avances históricos en el siglo veinte a raíz de la Revolución Mexicana y de la creación de partidos inspirados por su ejemplo.

Esta vez, el impulso no sale de México, actualmente gobernado por un demócrata conservador que, a la mitad de su mandato, ha perdido su popularidad inicial y se encuentra a la defensiva ante una oposición dirigida por el viejo partido de la Revolución de 1910 que, luego de un grave deterioro, da débiles señales de posible vigencia renovada.

Tampoco parte de Centroamérica o del Caribe. Con la socialdemocracia costarricense y dominicana volcadas hacia un pragmatismo sagaz, y el colectivismo autoritario cubano cada día más desprestigiado y hasta odioso, no se vislumbra desde esa subregión ningún ímpetu de liberación social y política latinoamericana.

Los países de la Comunidad Andina ofrecen el espectáculo, actualmente, de graves divisiones internas, con una sola fuerza seria y prestigiosa: el liberalismo de centroderecha del presidente Alvaro Uribe, eficaz gobernante, represor de extremistas y firme aliado de Estados Unidos en la cruzada antiterrorista mundial. Enfrentado a él, se encuentra el insensato gobernante populista venezolano que, en menos de cinco años, ha destruido la economía del país, empobrecido a su pueblo, convertido a su gobierno en hazmerreír internacional, y desmantelado su aparato de defensa. El gobernante venezolano, junto con el de Cuba y con el apoyo internacional de la izquierda leninista vieja y ultraradical, se hunde en un creciente aislamiento, no sólo frente a su propio pueblo,

sino ante la parte moderna de la izquierda mundial: aquella que entiende que la correlación de fuerzas no permite extremismos provocadores sino que requiere estrategias que combinen la presión con la negociación y así generen avances parciales significativos. Estrategias que resulten en el reagrupamiento de las fuerzas populares golpeadas y dispersas por la contrarrevolución global de 1989, y en el inicio de una nueva marcha hacia reformas sociales que den mayor autenticidad a la democracia.

Esas nuevas y significativas búsquedas de una liberación latinoamericana, a la vez democrática, nacional y social, se están desarrollando actualmente en Brasil, en Argentina y en Chile, países cuyos gobernantes han entendido que la izquierda moderna debe deslindarse claramente de la pseudo-izquierda anacrónica y truculenta. El presidente de Brasil, Luiz Inácio "Lula" da Silva, por su eminente inteligencia y lucidez, y por sus orígenes auténticamente laborales, ha sabido guiar a su movimiento popular hacia el sendero del socialismo democrático, reduciendo la influencia de los dogmáticos en su seno. Llegado al poder por voluntad de las mayorías, escogió la vía de la negociación basada en apreciaciones realistas de la fuerza socioeconómica y política de cada interlocutor. Seguro de que su meta en estos años no puede ser revolucionaria sino reformista (pero de un reformismo honesto y progresista) ha formado alianzas tácticas con grupos de la burguesía nacional liberal y logrado la aceptación, por éstos, de medidas contra la pobreza que pueden afectar algunos privilegios. En el plano interamericano, está defendiendo con firmeza el principio de la integración y concertación suramericana como condición esencial para la negociación de un ALCA equitativa, negociada entre dos socios de peso específico comparable. Ha ganado el respeto del presidente norteamericano, quien acepta la idea de que "Brasil habla por Sudamérica."

De igual manera, Ricardo Lagos de Chile y Néstor Kirchner de Argentina representan con seriedad un concepto latinoamericano de izquierda democrática. Es cierto que Lagos, a la cabeza de una coalición democrática post-dictatorial, no ha modificado las bases socioeconómicas neoliberales heredadas del pinochetismo, pero les ha inyectado mayores ingredientes de participación laboral y popular. Su esfuerzo fundamental se ha concentrado en la redemocratización política. Al igual que Lula, no tiene complejos en cuanto a entendimientos con Estados Unidos en materia económica y con respecto al terrorismo, que no afecten los intereses nacionales del país sureño sino más bien le amplíen el espacio para la acción renovadora. Kirchner, por su parte, ha iniciado su gobierno con gran valentía y con aciertos que le han ganado un respeto internacional considerable. No en balde este trío de gobernantes fue escogido en el mes de julio para representar a la América Latina en la Cumbre de la "Tercera Vía" (alianza internacional de gobernantes y ex gobernantes progresistas, de tendencia socialdemócrata o social-liberal), que se celebró en Londres.

Fundamental: los Derechos Humanos

El principal tema sobre el cual coinciden los gobernantes y movimientos políticos progresistas, tanto de América Latina como de otras regiones, es el de la importancia primordial de la defensa de los derechos humanos, en un mundo plagado de tiranías, delincuencia, terrorismo y violencia represiva. Existe unanimidad, entre los demócratas consecuentes, de que la defensa de los derechos humanos y la aplicación de sanciones a quienes los vulneren concierne por igual a toda la comunidad mundial y tiene carácter jurídico supranacional. El principio de la no intervención no puede ser válidamente invocado para encubrir violaciones de los derechos humanos.

En este ámbito, los gobernantes

progresistas latinoamericanos están realizando los mayores esfuerzos. Néstor Kirchner, con admirable coraje, ha decidido enfrentar a toda la abominable camarilla de asesinos y torturadores de la época dictatorial (1975-1984), y de fascistas amparados por el peronismo de derecha, junto con sus cómplices en las altas esferas políticas, económicas y del poder judicial. Del mismo modo, Lagos acaba de anunciar en Chile el final de la etapa de impunidad post-pinochetista, y se está procediendo a enjuiciar a los culpables de los crímenes de la dictadura.

En otros países latinoamericanos, la acción justiciera contra violadores de los derechos humanos apenas ha comenzado. En Perú, la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, integrada por personas de la más alta solvencia moral e imparcialidad política, acaba de publicar su informe sobre los crímenes contra la humanidad cometidos en el país bajo diversos gobiernos desde 1980 en adelante. La comisión constató que más de 69.000 personas, y no sólo unas 30.000 como se calculaba anteriormente, murieron o desaparecieron a manos de grupos guerrilleros, de paramilitares o de las Fuerzas Armadas durante el lapso señalado. Como también sucede en otros países, la mayoría de las víctimas pertenecen a las clases populares pobres, con una proporción particularmente alta de personas de raza indígena.

La conciencia democrática y humanista de Latinoamérica y del mundo exige que estas investigaciones continúen y que actúe la justicia a nivel nacional y supranacional.

• • • • •

Demetrio Boersner

Doctor en Ciencias Políticas.
Ex-embajador de Venezuela